

meses de septiembre y octubre los que registran mayor número de ingresos en los años normales. Aunque las enfermedades tratadas apenas aparezcan detalladas, o de hacerlo lo están de modo muy esquemático, lo cierto es que, a diferencia de lo que ocurre en otros hospitales de Toledo (el del Rey o San Lázaro, por ejemplo), los pacientes del Hospital de Tavera están bien tratados: se lleva una ficha de los mismos —que se encuentra encima de la cama de cada uno— y el médico está obligado a visitarlos dos veces diarias. Los miembros del servicio son los habituales en este tipo de establecimientos: cirujano, barbero, farmacéutico, enfermera, junto a los sacerdotes encargados del cuidado espiritual —tan importante, señala la autora, como el material, hasta tal punto que en algunos casos se considerará como sanados a los pacientes que han muerto cuando lo han hecho habiendo recibido los sacramentos, y, por tanto, en gracia—. Son las finanzas lo más documentado: las provenientes de las mayordomías (seis), los juros y los censos en que la hacienda de este rico hospital consiste. Cuando la crisis del XVII afecte sus finanzas, lo mismo que lo hará con tantos otros establecimientos hospitalarios, la respuesta será similar a la de todos: reducción de los pacientes y las raciones distribuidas a los mismos, continuación de idéntico personal.

Como en todos los estudios relativos a la época, el problema de documentación impide realizar un análisis de la procedencia social, de las profesiones y medios de vida de los pacientes ingresados, si bien se ve cómo entre ellos es predominante el número de hombres, generalmente jóvenes (entre los 12 y los 25 años). De los 776 pacientes que la autora analiza la mayor parte no habían nacido ni eran vecinos de Toledo, cosa que parecía ocurrir en otros lugares de Castilla, lo que le hace pensar que la movilidad de la población pobre era allí bastante más alta que en otros lugares del sur francés, por ejemplo.

Pero si en el Hospital predominan los hombres, en la recepción del socorro distribuido por las parroquias o con ocasión de alguna manda testamentaria hay un predominio claro de las mujeres: «beatas», viudas, casadas con hijos a las que el marido ha abandonado, doncellas, etc. Junto a las mujeres, otros grupos sociales reciben especial atención: los niños y los jóvenes. Analiza las instituciones de los Niños de la Doctrina —que funcionan en muchas ciudades castellanas—, así como la figura del Padre de Mozos, que tampoco era, como se sabe, privativo de Toledo. En cuanto a los niños, también en esta ciudad se da el fenómeno, tan común, de la exposición: el Hospital de Santa Cruz será el que los recoja, encargándose de enviarlos con nodrizas (generalmente mujeres pobres, procedentes muchas del campo), a las que pagará el salario correspondiente y vigilará para que cumplan correctamente la función. La mortalidad era alta —si bien no se pueden dar cifras exactas— en los primeros años y aquéllos que los superaban eran colocados en el servicio doméstico o como aprendices hasta la edad en que pudieran contraer matrimonio o, generalmente en el caso de las mujeres, entrar en religión, todo ello según un esquema que, como A. Rubio Vela ha mostrado en su estudio del hospital fundado en la Valencia del XIV por B. des Clapers³, parece ser también común al funcionamiento de estos hospitales.

Las notas que anteceden no son sino un apunte de lo que este libro de L. Martz contiene. Para un lector español resultará en gran parte conocido lo que la autora expone en los primeros capítulos, si bien considero que algunas de sus interpretaciones establecen una visión matizada sobre los partidarios de la reforma de la mendicidad en España. Lo que re-

³ A. RUBIO VELA: (1984). *Pobreza, enfermedad y asistencia hospitalaria en la Valencia del siglo XIV*. Valencia.

sulta nuevo es el estudio de las instituciones hospitalarias de Toledo y es por ese camino —estudios concretos, documentados seriamente y que no pequen de generalizaciones excesivas— por donde se puede lograr uno de los propósitos que el libro declara: presentar una amplia exposición que sirva para investigaciones posteriores. Sólo cuando se disponga de una suficientemente amplia documentación sobre los lugares más representativos —y Toledo es uno de ellos— se podrá llevar a cabo una síntesis (que en este libro no se encuentra) que aúne el estudio de los centros analizados y que integre, junto a las fuentes diplomáticas, las literarias, iconográficas y cronísticas que permitan una visión más amplia y ceñida, que no quede limitada a las meras instituciones caritativas. El libro de L. Martz, amplio y documentado, es un paso más en este conocimiento a lograr.—**CARMEN LÓPEZ ALONSO**. *Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense. MADRID.*

Para recuperar mundos de exilio

Memoria rota. Exilios y heterodoxias es el sugestivo título de la colección a la que pertenecen los tres libros que comentamos —*Cristal herido, El pozo de la angustia y La isla*—* tiene por finalidad el sacar a la luz, de una manera unificada, la obra literaria de los numerosos españoles que, debido a los quebrantos de la guerra civil, tuvieron que llevar a cabo su tarea cultural fuera de su propio país.

La editorial ANTHROPOS pretende así adentrarse, más y mejor, en el conocimiento y estudio de la peculiar producción cultural hispana. La llamada Editorial del Hombre, llevada por su profundo convencimiento de que el exilio español «ha alumbrado e irradiado una nueva cultura» —y de un modo especial en América Latina—, ha decidido dar a conocer toda esa labor realizada por científicos, filósofos, profesores, escritores, poetas e intelectuales españoles, que han dado testimonio con sus numerosas publicaciones.

Entre los autores que forman parte de esta colección destacan los nombres de Juan David García Bacca, Joaquín Xirau, Ramón Xirau, Eduardo Nicol, José Gaos, Eugenio Imaz, Antonio Ramos Oliveira, Juan Larrea, Eugenio F. Granell, José Ferrater Mora, María Zambrano, Manuel Andújar, José Bergamín, José Herrera Petere, Eduardo y Rafael Dieste, Eduardo Blanco Amor, Lorenzo Varela, Luis Seoane y Arturo Cuadrado.

Otra faceta importante de la que se ocupa «Memoria rota» es la del llamado «exilio interior», que lo forman escritores, poetas, dramaturgos, «a quienes por diferentes razones les

* Manuel ANDÚJAR: *Cristal herido*; José BERGAMÍN: *El pozo de la angustia*; Rafael DIESTE: *La isla y Tablas de un naufrago*, Anthropos, Barcelona, 1985.

fue negado publicar y difundir sus obras». Aquí veremos los nombres, entre otros, de Eusebio García Luengo, Marcial Suárez, Jorge Campos, Manuel Pilares, Benjamín Jarnés y Cándido Fernández Mazas.

Para ocuparse de dar a conocer más y mejor el mundo cultural de una «España peregrina» y de una «España clandestina» del presente siglo, ha nacido en 1985 esta nueva colección de ANTHROPOS, dirigida por Carlos Gurméndez.

Buceador del mar de las ideas

Rafael Dieste, nacido en Rianxo (La Coruña) en 1899 y fallecido en 1981, abre con dos de sus ensayos claves los títulos que integran «Memoria rota». Autor de narración, teatro, poesía y ensayo crítico, estético, filosófico y matemático, Dieste, poco y parcialmente conocido, nos ofrece con la reedición de *La isla* y *Tablas de un naufragio*, la posibilidad de viajar por lo maravilloso metafísico y bucear en el inmenso mar de las ideas.

Por su parte, Carlos Gurméndez, como autor del prólogo, invita al lector a viajar por «este mundo de las ideas sensibles y prácticas», ya que considera a Rafael Dieste «experimentado guía que os llevará por difíciles, torturantes y a veces complejos caminos hacia la verdad luminosa que reflejan los sentidos corporales, siempre vivos y alertas».

Carmen Muñoz, esposa de Rafael Dieste, al hablar sobre *La isla* dice: «Creo que uno de los aspectos más singulares de este texto es que fue totalmente dictado, en un gozoso impulso de creación que duró sólo siete días»

También Carmen nos dice en las dos cartas incompletas que en el comienzo de esta edición se publican, de los estados de ánimo y visión del mundo de su marido allá por el año 1945, fecha en que comienza a escribir: «Su voluntad de conocimiento —escribe—, de claridad, de esperanza, de afirmación del hombre y el mundo, por una parte; por otra, los millones de muertos, los campos de concentración, los cientos de miles de gentes sin patria ni hogar... El juego de la política internacional, en que cada país mantenía en lo posible sus supuestos, y sus particulares intereses, imperiales o nacionales —o ambas cosas— en medio de tanto heroísmo, tantos horrores, tantas muertes»

«Rafael —dice también—, lejos de estar en la luna o absorto en sus meditaciones, como hubiera podido suponerse, tenía un sentido político extraordinario y hacía predicciones que parecían muy extrañas y que luego venían a cumplirse»

Una visión terrorífica

Rafael Dieste comenzó a escribir muy avanzada la Segunda Guerra Mundial, con la concreta finalidad de aclarar su propia cabeza. En el relato de *La isla* nos ofrece una visión terrorífica. Así describe la situación en que se encuentra su personaje: «Un espanto que jamás había sentido ni en la tierra ni en el cielo donde creía estar, hacía rígido, como de hielo y cuarzo, todo su cuerpo desde los pies a la cabeza. Se sentía totalmente burlado y sin amparo. Miró alrededor y estaba en un páramo terrible y su torre era una torre ruinosa